

2º. Domingo de Pascua. Año B

Lectio divina sobre Jn 20,19-31

El evangelio vuelve a centrar nuestra atención en lo sucedido el día de la Resurrección de Jesús. E insiste, de forma especial, en la dificultad que tuvieron los discípulos para llegar a creerse que realmente estaba vivo. El hecho, más que escandaloso, nos debe resultar alentador; porque lo es realmente comprobar cómo quienes serían los primeros predicadores de Cristo Resucitado fueron también los primeros incrédulos. Es estimulante ver que Jesús tuvo que empeñarse a fondo para convencerles de que había resucitado. Podemos así vernos identificados con la pobre imagen que dieron de sí esos discípulos: identificarnos con sus miedos y con su terquedad nos ayudaría a identificarnos, asimismo, con su alegría y su fe recuperadas. Recordar cuanto les sucedió a ellos 'al anochecer de aquel día', es la forma que tenemos a nuestro alcance para hacer nuestra su experiencia. No obsta que, como aquellos discípulos, tampoco nosotros las tengamos todas consigo, no pudiendo dar crédito a lo que ven nuestros ojos: el Resucitado, hoy como ayer, está dispuesto a vencer nuestras resistencias y convencerlos de que realmente está vivo, hoy como ayer. Esta es la buena noticia del evangelio.

19Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

«Paz a vosotros.»

20Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. **21**Jesús repitió:

«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

22Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo; ²³a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

24Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. **25**Y los otros discípulos le decían:

«Hemos visto al Señor.»

Pero él les contestó:

-«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»

26A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

«Paz a vosotros.»

27Luego dijo a Tomás:

-«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»

28Contestó Tomás:

-«¡Señor mío y Dios mío!»

29Jesús le dijo:

-«¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»

30Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. **31**Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida da en su nombre.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El texto nos transmite la crónica de dos encuentros del Resucitado con sus discípulos; aunque localizados ambos en Jerusalén, no ocurren el mismo día ni tienen idéntico objetivo. El primero (Jn 20,19-23), que acontece al atardecer del día de Pascua, sigue el esquema de los relatos de aparición: presentación inesperada de Jesús, gozoso reconocimiento y misión universal. El segundo (Jn 20,24-29), una semana después, elabora un motivo recurrente, el de la incapacidad para creer en la resurrección para quien no se haya topado personalmente con el Resucitado. La comunidad de creyentes y el creyente individual nacieron, por igual, de un encuentro con el Señor Jesús: cuando éste se presenta al grupo e, identificado, le confiere una misión universal, nace la Iglesia; cuando se da a conocer a un discípulo solo y supera su incredulidad, lo convierte en creyente y testigo.

El primer relato es, pues, la 'partida de nacimiento' de la comunidad cristiana: el Resucitado confiere su poder, el Espíritu, y su misión, el perdón de los pecados, al grupo de discípulos que elige como testigos. El segundo relato, en

cambio, dramatiza el camino individual para llegar a la fe en la resurrección: hubo quien, no valiéndole la experiencia de sus colegas, tuvo que ver y tocar al Resucitado; mejor le hubiera sido creer sin otro apoyo que la predicación apostólica.

El primer relato, aunque reducido a lo esencial, es más importante. Jesús Resucitado encuentra al grupo de discípulos, encerrados en su casa y atrapados por sus miedos. La muerte de Jesús ha llenado de angustia la existencia de sus seguidores. Puede percibirse una clara intención apologética: de unos hombres aterrados no habrían salido valientes predicadores de no haberse dado un encuentro real con el Señor Jesús. La presencia inesperada de Jesús en medio de ellos les devuelve la alegría. El Enviado de Dios, devuelto a la vida y vuelto al Padre, encarga a los suyos de su propia misión y los hace sus enviados (Jn 20,21: *como a mí..., también yo*). La encomienda es un acto de investidura y una prueba de confianza: el traspaso de tareas de Cristo a los cristianos los hace *nuevos* hombres, reciben del Resucitado su aliento vital y una misión que los recrea. Que la experiencia pascual sea el origen, y la razón, de la misión cristiana es una convicción presente en toda la tradición evangélica (Mc 16,15-16; Mt 28,19-20; Lc 24,47; Hch 1,8). Típico de Juan es contemplar la misión de la iglesia como perdón universal del pecado: la comunidad cristiana el único lugar en el mundo donde ya no tiene futuro el pecado.

El segundo episodio, más desarrollado, describe cómo se ha de llegar, personalmente, a la fe en la resurrección. Juan ha querido así mostrar que no fue el testimonio de los discípulos (Jn 20,25) sino el Resucitado en persona quien condujo a sus testigos a la fe en Él y, al mismo tiempo, que no hará falta de una intervención especial suya para que crean los que vienen detrás; a éstos le ha de bastar el testimonio apostólico. Tomás, uno de los doce (Jn 11,6; 14,5), personifica la incapacidad de los primeros discípulos para aceptar el hecho de la resurrección de Jesús; al mismo tiempo, hace ver la dificultad de esa segunda generación cristiana que tendrá que creer sin constatar; de hecho, Tomás *no estaba con ellos cuando vino Jesús* (Jn 20,24). Su insistencia en tocar y ver, palpar para identificar y creer (Jn 20,25; 4,48. Lc 24,37), tiene que ver con su forma de concebir la resurrección final de los cuerpos: no ve imposible la resurrección, pero pone condiciones para aceptarla. En realidad, Tomás no pedía más que lo que Jesús concedió a los demás (Jn 20,20; 20,18.25). Pero una cosa es que se lo concedan y otra que lo exija. Y aunque Jesús le dé lo que pedía para creer (Jn 20,27), no le hace concesión alguna en su respuesta: los creyentes, cuanto más alejados de los sucesos pascuales estén, tanta mayor oportunidad tendrán ser creyentes bienaventurados. A los actuales oyentes del evangelio van dirigidas esa advertencia y esa promesa: es posible creer sin tocar todas las pruebas; sólo esta fe es capaz de hacernos felices.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

El relato elabora un hecho histórico que, con frecuencia, nos pasa desapercibido: los primeros testigos de la resurrección fueron también, al principio, los primeros incrédulos en ella. Jesús Resucitado tuvo que empeñarse a fondo para llevarles a la evidencia. No deja de ser un consuelo para nosotros hoy, que seguimos, veinte siglos después, sin creernos del todo que Jesús viva. Pero es también un reto: nuestras dificultades actuales no son óbice suficiente para dedicarnos a predicar a Cristo Vivo. Además, no habrá que olvidar que Jesús bendijo a quien creyera sin apoyarse en lo que pueda comprobar; que no sea mejor quien más necesita para creer, es alentador para cuantos tan poco tenemos que apoye nuestra vida de fe. Ni tampoco debe pasarse por alto que quien, como Tomás, no participó de la vida común, puso mayores objeciones a la nueva fe: la vida común facilita la fe común y su vivencia. Los discípulos que quieren ser creyentes han de vivir en común sus dudas y su fe: la comunidad es el lugar del encuentro con Jesús Vivo; es ahí donde las vacilaciones no se nos toman en cuenta y se nos ayuda a superarlas.

Los discípulos, aferrados a sus miedos, permanecían encerrados en una casa y cerrados a su mundo. Allí, donde les había conducido su temor, tuvo que presentarse el Resucitado, Y lo primero que Jesús hizo fue darles la paz. Puede llamarnos la atención que Jesús no les reproche su poca presencia de ánimo ni su incredulidad: llevaba ya toda una jornada vivo, se había aparecido a varios discípulos y seguían éstos hurtando al mundo la nueva noticia, continuaban dándole por muerto. En lugar de reprimendas, Jesús da la paz cuando se aparece a los suyos, devuelve la alegría a los rostros que lo ven, ilumina la existencia de quienes lo saben vivo. El miedo se convierte en dicha, la cobardía en paz. No pudiendo negar la evidencia de tenerle vivo ante sus ojos, pudieron renegar de sus miedos. Recuperaron una alegría que no podrían perder, pues nada ni nadie ya, ni la misma muerte, podía robarles a ese Señor que volvía de la muerte más evidente, una muerte en cruz, de la forma más evidente, devolviéndoles con su presencia la paz y el ánimo.

Hoy los discípulos del Resucitado seguimos aferrados a nuestros miedos, defendiéndonos de un entorno cada vez más hostil a nuestras creencias, cerrados en nosotros mismos, encerrados en nuestra intimidad, pues ya no podemos considerar ni siquiera a nuestras mismas familias como un buen refugio contra la increencia imperante. Hoy el evangelio nos asegura que el miedo al mundo no se vence privatizando nuestra fe, sino viviéndola con la paz y la alegría de quien sabe que Cristo, a pesar de todas las apariencias en contra, vive hoy como ayer. ¿Cómo no poder vencer nuestros miedos, si podemos estar ciertos de que Él ha vencido la muerte? ¿A qué o a quién debemos temer cuantos creemos en Cristo Resucitado? La paz y la alegría es la forma – la primera, al menos – de vivir la fe en su resurrección. No hay otra: quien vive

su fe en Cristo sin serenidad interior y con tristeza invencible no cree en la resurrección de Jesús. El Resucitado ha impuesto a sus discípulos atemorizados la paz y les ha dado la alegría de vivir cuando se les apareció.

Y es que sólo así puede el creyente hacer fidedigno su testimonio: un fantasma no da órdenes, su visión atemoriza sin causar alegría; seguir cultivando nuestros miedos mientras confesamos nuestra fe en la Resurrección, equivaldría a convertir a Cristo en un fantasma y a nosotros en unos fracasados. No fue ciertamente éste el destino de cuantos vieron a Jesús vivo: recibieron de él su espíritu y una misión, tan imposible hoy como ayer, la de hacerse pacificadores del mundo mediante el perdón universal. Quien ha visto al Resucitado una sola vez se transforma totalmente: el aliento de su Señor ocupa el lugar donde reinaban sus temores; y teniendo el corazón lleno del nuevo espíritu de Jesús se convierte en un entusiasmado misionero del perdón universal quien antes vivía en el temor de no ser perdonado por su fidelidad a Jesús: el aliento del Resucitado llega a cuantos le creen vivo y este Espíritu les impone como tarea de sus vidas, como medio de vencer sus miedos y sus dudas, la oferta del perdón a todos los hombres. En vez de vivir creyendo que han de perdonarle su fe en Cristo, el cristiano vive para perdonar al mundo que aún no cree en su Señor resucitado.

Porque, si cristiano es quien vive para confesar que Cristo vive, cristiano será quien viva sintiéndose obligado a ofrecer el perdón y la paz. No basta con recuperar para nosotros mismos, los cristianos, la paz y la alegría; quien no sabe o no puede darlas, nunca estará seguro de haberlas recibido en verdad; quien no las pone a disposición, terminará por perderlas. Jesús Resucitado dio la paz a quienes iba a mandar a pacificar al mundo; rompió sus temores, presentándoseles vivo; no les concedió la paz para que siguieran encerrados en sus miedos y en sus casas: les mandó a pacificar al mundo, sin más armas que su Espíritu ni más sabiduría que el saberse enviados suyos. Jesús no convenció a sus discípulos a base de argumentos razonables, ni perdió demasiado tiempo en ganárselos. No venció sus temores a base de quedarse con ellos, compartiendo su encierro: les mandó al mundo con su perdón y con su Espíritu.

¿Cómo es posible que los 'buenos' cristianos sigamos siendo hoy los hombres menos dispuestos al perdón, los más rápidos en exigir 'justicia' – contra los demás, claro está – , los más reacios al olvido, los más sensibles a las ofensas recibidas, los que menos rápido perdonamos o más difícilmente olvidamos? Es tan lamentable como frecuente tener que escuchar a los mejores de entre nosotros su incapacidad para perdonar y olvidar las ofensas. ¿Cómo nos vamos a convertir en pacificadores del mundo si no logramos pacificar nuestro corazón ni poner paz en nuestras relaciones personales? Quien es testigo del Resucitado sabe que no está en el mundo para ser perdonado sino para perdonar; no lograremos vencer nuestros miedos ni salir de nuestros encierros hasta que no sintamos en nosotros el espíritu de Jesús y obedezcamos su mandato de perdonar: entonces perderemos el respeto al mundo y recuperaremos la alegría de vivir como discípulos del Resucitado. Contar con Jesús Vivo es contar con el mundo como campo de misión y su pacificación como tarea.

Todo ello nos sería más fácil si supiéramos vivir en común nuestra fe. Caigamos en la cuenta que Tomás, el discípulo que más dificultades encontró para creer en la resurrección, era el discípulo que no vio al Resucitado por no encontrarse junto a los demás: quien menos convivía con los demás, aunque fuera para compartir los miedos comunes, fue el más incrédulo. Hay aquí una ley de la vida cristiana: Cristo será con dificultad reconocido por quien vive alejado de los cristianos. Podemos, en cambio, ser más dichosos que el apóstol que le vio, si hoy le creemos vivo. Confesarle resucitado sin haberle tocado, proclamarle nuestro Señor y Dios sin haberle visto, es una dicha a nuestro alcance.